

Los juegos de la calle

El volantín

EN la historia de la civilización occidental se da el nombre de Archytas de Tarento como el del inventor del juego de la cometa, conocido entre nosotros con el gráfico chilenuismo de volantín. Pero, si remontamos el curso de la cultura hacia el Oriente, nos encontramos con la ingeniosa personalidad del general chino Han-Sin, que fué el primero en utilizar el vuelo de la cometa para anunciar la llegada de refuerzos a una plaza sitiada, doscientos años antes de Cristo.

El juego pasó a ser la delicia de los orientales y hasta nuestros días la fiesta de la cometa atrae una muchedumbre de aficionados que siguen, con la concentración de una ceremonia religiosa, los giros caprichosos del papelillo multiforme en ese noveno mes del calendario chino dedicado al volantín (1).

Parece que la entretención penetró tardíamente en Europa, y sólo en el siglo XVIII, la medialuna, el rombo y el hexágono de papel se elevaron al espacio en medio del regocijo público que captó Goya en una de sus aguafuertes.

Como en el caso de múltiples diversiones, no podemos señalar con precisión la fecha de la introducción del juego en América. Tampoco sabemos si nos vino directamente del Lejano Oriente, como podría suponerse por una cita de un viajero de comienzos del siglo XIX, o bien, a través de la metrópoli

madrileña. Lo único cierto es que el siglo XVIII fué en Chile de pleno auge y moda de este juego para grandes y chicos, que ha movido la pluma de tan distinguidos escritores como la del arzobispo de Santiago don Crescente Errázuriz, el historiador de Pedro de Valdivia y sus sucesores.

La inventiva popular adoptó la cometa a variadas formas que connotan, en sus apelativos genéricos, su jerarquía dentro del oficio lúdico. La más humilde entre ellas es la *ñecla*, diminuta cometa, hecha de un papel de tres dobleces, y de palillos de escoba, que sirve a los niños para transponer la etapa heroica del aprendizaje. Viene luego el *chonchón*, formado de un trozo cuadrado de papel que lleva cuatro dobleces. Román atribuye la etimología de esta palabra a la apariencia del pájaro del mismo nombre que adquiere la cometa al elevarse. El *chonchón* es conocido en las provincias del Sur con los apelativos de *cucurucha* y *cambucho*.

El *pavito*, cometa de papel de hilo, integra también esta primera serie que incluye los volantines *chupetes*, es decir, los que por tener muy delgados los maderos, al recibo del viento, se encogen formando buches como si lo chuparan por detrás.

Las formas más usuales para la segunda serie, perfeccionada por el empleo de cinco y más pliegos de papel, que se encumbran no con simple hilo de cáñamo de dos hebras, sino con cordelitos de tres, cuatro, cinco o seis hebras, son: el *volantín* de forma cuadrada que remonta en dirección diagonal; la *condenada*, *pandorga* o *calcocha*, que con estos varios nombres se conoce en las diversas regiones de Chile, cometa de forma también cuadrada, hecha con varillas que se cruzan y la cual se remonta no en el sentido diagonal del volantín, sino en el

horizontal. "No es del todo improbable —apunta Cavada— que el origen de esta palabra se deba a la forma de la cometa, esto es, a los dos extremos superiores de las varillas, que por lo general sobresalen de la parte que cubre el papel o lienzo; y que por esta razón semejan dos cuernos", de donde podría derivarse por asociación el sentido escatológico de la palabra.

De esta sencilla estructura volantinerá surgieron las combinaciones decorativas que se emplearon en los grandes campeonatos o *comisiones*. Allí lucían el gigantesco *barrilete*, de armazón de lienzo y papel en forma de cóncavo barril; el *globo* o *bola*, de arco y tres maderos; la *pera*, cometa en forma de cruz; la *estrella*, de cinco picos y tres maderos largos cubiertos hasta los cinco extremos, construída a veces hasta de 10 pliegos de papel, a cuyo pesado encumbramiento concurrían cincuenta o más muchachos, tirando a la carrera del cordel encolado con cola de vidrio en su alto extremo, y el *jote*, el *pavo* y el *águila*, aristocracia del volantín, elaboradas cometas que imitaban en el vuelo la estampa de las aves del mismo nombre (2).

La entretención del volantín produjo disturbios en el Santiago del siglo XVIII, obligando a las autoridades a tomar cartas en el asunto. El 2 de octubre de 1795 se lanzó un Bando de Buen Gobierno en su contra, que fué redoblado al año siguiente por el gobernador don Luis Muñoz de Guzmán. La voz de la ley leída en los sitios céntricos de la capital, al compás del tambor del negrilla pregonero, decía lo siguiente:

"Nos los SS. Presidente y Oidores de la Real Audiencia:

"Por cuanto estando prohibidos por bando de este Superior Gobierno publicado en esta capital en 2 de octubre del

año próximo pasado, el juego de volantines por las principales calles de ella y que su inobservancia ha hecho comprender hoy las funestas desgracias que pueden sobrevenir a los vecinos si los hilos de que penden los referidos volantines se enredan en los techos o ladrillos de los aleros y otros moldes de los techos, y cayendo hieren o matan al que casualmente pasa debajo, a más del grave daño que constantemente se ocasiona en los edificios a sus dueños. Por tanto, para precaver éstos y otros males inapreciables, ordenamos y mandamos.

"Que ninguna persona de mayor o menor edad se atreva a encumbrar volantín grande ni chico dentro de la traza general de esta capital, so pena de seis días de prisión y las demás que el caso y circunstancia exigieren sin que esta prohibición se extienda a las Cañadas y orillas del río donde la espaciosidad permite el libre uso, sin el menor riesgo de esta diversión. Y para que el contenido llegue a todos y ninguno pueda alegar ignorancia, mandamos publicar y fijar en los lugares acostumbrados este bando que es fecho en Santiago de Chile, a 5 de septiembre de 1796" (3).

El volantín fué también perseguido en otros países del continente, y en México "*el empinar papelotes*" dió origen a un bando de 21 de noviembre de 1797, que prevía a los padres de familia que cuidaran "de que sus hijos, criados allegados no suban a las azoteas a volar los papelotes, por las desgracias experimentadas muy frecuentemente en este pueril entretenimiento, lo cual se ha prohibido ya repetidas veces" (4).

Pese a estos ataques, la entretención siguió practicándose, de preferencia en algunos sitios que alcanzaron reputación en Santiago como "bolas" o sitios de comisiones. Entre otros, hay que recordar la Plaza de las Ramadas, la Plazuela de la Recoleta, el Llanito de Portales, el Cuartel de Recoleta, la Ollería en la calle Maestranza, y la llamada de "los Pedregales", en la actual Avenida de Providencia. También en las calles públicas, y en los veranos, "cuando la estación del día es la consiguiente, los niños incitados del espíritu y ardor juveniles se divertían con el general entretenimiento del volantín".

Don Vicente Pérez Rosales habla, al evocar el Santiago de su niñez en el año de gracia de 1814, "de las comisiones, esas batallas aéreas de *volantines* contra *estrellas* hasta de cien pliegos de papel de magnitud, cuyas caídas y enredos de cordeles alborotaban a los dueños de casas, se llevaba las tejas por delante y ocasionaban en las calles chañaduras y muchas veces navajazos y bofetadas" (5).

Los archivos de la Real Audiencia han dejado testimonio de estas "riñas y pependencias entre personas de distinción", como el caso de los vecinos don Nicolás Chopitea, que hizo apresar a uno de los hijos y al negro esclavo de don Antonio Lavín por el delito prohibido por el bando de Muñoz de Guzmán, lo que dió origen a enconados resentimientos de las familias (6).

El arte de la volantinería realizó fecundos progresos en Chile. "Durante más de 100 años —relata don Javier Vial Solar—, los mecánicos menudos estudiaron entre nosotros el arte de hacer flotar en el aire sus ligeros pájaros de papel o de tela y ensayaron los materiales más adecuados y que mejor se prestaban a este objeto. Para la confección de las alas que

debían comprimir el elemento expansivo fueron rechazados, por una selección sucesiva, el papel acartonado, el de estraza, el rígido, el semirrígido, hasta adoptar una especie de sedosa vitelina que les daba la mayor ligereza posible. De igual modo, para alcanzar el empleo de la fibra de coligüe en el arco fundamental y travesaños de la armazón, asegurando una buena envergadura. Y para el mejor ajuste de todo, la cola de cuero, la cola vulgar, superior, sin duda, a las mejores ligas y glutinosos conocidos" (7).

"Fabricar los volantines y las bolas no era cosa baladí", apunta don Crescente Errázuriz, el más cumplido evocador de este arte. Necesitábase, ante todo, escoger un buen *coligüe*, o para los más grandes, una *quila*, a fin de fabricar los maderos, según fuera la figura de lo que iba a hacerse. Tenía el volantín madero y arco; la bola, arco y tres maderos, eso mismo una estrella, con la diferencia de que los maderos más largos llegaban hasta los extremos de los picos; tres maderos solamente, sin arco, el *barrilete*; el *águila*, arco y madera, etc.

De ordinario, en los volantines grandes comenzábase por atar el arco cerca de sus extremos, a fin de facilitar la colocación sobre el papel o el género, cuando se le fijaba la cola; y sólo cuando ésta se hallaba bien seca, se le cortaba la cuerda. Siempre se ponía un *parche*, de papel o de género, según fuese el volantín, en el lugar en donde había de ir cada uno de los tirantes, para darle consistencia.

Por fin, para la *cola*, que volantines, bolas, estrellas y barriletes debían llevar, necesitábase no poca destreza en calcular el grueso y el largo de ella, según fuere el tamaño del volantín, o según se quisiera tornarlo culebreador o tenerlo muy

quieto. Cola larga y delgada era a propósito para hacer dar al volantín una serie de revueltas en el aire —a lo cual se llamaba culebrear—, que aunque muy lindas en el aire, impedían una comisión seria. Las colas se hacían de hilo, ordinariamente del grueso, más o menos, del que se usaba para encumbrarlos, excepto en las grandes bolas y estrellas, en las cuales se empleaba un cáñamo más burdo.

Si el arco quedaba muy abierto, el volantín no remontaba si, en extremo curvo, carecía de la fuerza suficiente o no *tiraba*. Labrar los arcos y maderos tenía no poca ciencia, a fin de que el volantín no quedase en extremo pesado, si eran demasiado gruesos, ni *chupete* —es decir, sin fuerza suficiente para mantenerse terso—, siendo delgados. En el filo de un cuchillo se acostumbraba contrapesar el centro del arco hasta que permaneciese sin caer a uno u otro lado: de otra manera tenía *ladeada* hacia el lado que pesaba más.

Las pinturas variaban en ellos muchísimo. Llamábanse *piqueras* el llevar pintados uno o dos de los cuatro picos del volantín con diversos colores. Era volantín de uno o dos ojos el que llevaba pintadas una o dos circunferencias o bolas casi en la juntura del arco con el madero; a otros se les pintaba por completo en forma de tablero de damas; ostentaban algunos la bandera de Chile, etc. Cuando se acercaba el 2 de noviembre, día de difuntos, abundaban en los volantines las calaveras, que algunas veces eran blancas y negro el resto del volantín.

Los cordeles, cordelitos e hilo de cáñamo eran fabricados en diversas hilanderías vecinas al Puente de Cal y Canto. Esas

canchas eran más apreciadas mientras más parejos daban sus productos y mayor largor tenían; porque quedaban más separados los nudos, cosa importantísima, ya que, por muchas precauciones que se tomaran, el nudo constituía siempre un inconveniente y un peligro. El largo de las madejas equivalía al doble de la cancha; porque se torcía el cordelito, poniendo en los extremos de ella dos estacas y sujetando en una el centro del cáñamo, cuyas dos puntas iban a rematar al otro (8).

En la historia de la volantinería colonial se destaca Pascual Intento, que había llegado a ser un verdadero héroe nacional durante las postrimerías del siglo XVIII. Son innumerables las anécdotas que hace algunos años se contaban de él, a propósito de las comisiones en que había tomado parte. "Había descubierto —escribe el autor de *Tapices Viejos*— nuevos métodos para pelear en el aire, y elevándose por ellos hasta la alta categoría de un estratega del cielo, sobre todo por aquella prueba magna de hacerse el muerto, que había ensayado por primera vez una tarde de Año Nuevo delante del público entero de Santiago y que había llevado su fama hasta los astros. La astucia bellaca, en el buen sentido popular de esta palabra tan expresiva, hizo desde entonces del arte sencillo, inocente, simple, del encumbre, un arte complicado en que la más artera de las facultades del hombre entró a ocupar lugar principal y a ensanchar considerablemente el horizonte hasta entonces limitado de su vuelo. El pueblo de Santiago, siempre que Intento dirigía una comisión, estaba en todo momento suspenso y a la expectativa de algo inesperado, del recurso nuevo, de la gran jugada que, al fin, lo dejaba dueño del campo, quiero decir, del aire" (9).

Continuador de estas hazañas fué, según palabras de José Zapiola, el famoso cojo Manuel Robles, el autor de la primitiva Canción Nacional, que "en cuanto a comisiones para el manejo de estrellas y volantines era reconocido como el único sucesor de Pascual Intento, a quien sólo conocimos por la fama" (10).

Luego el cetro de la volantinería pasó a José Martínez, el Zambo Martínez. "Era éste el más notable de los discípulos de Pascual Intento y se contaba que, como el profeta Eliseo con el manto de Elías, se había cubierto con la manta de Intento, y que de tal modo había quedado armado con las mismas armas con que éste había librado recias batallas y ganado gloriosísimos triunfos. El pueblo de Santiago creía que el zambo había como nacido de las cenizas de quien lo precediera en su magnífica carrera" (11).

En los años épicos de 1839, Blest Gana señala entre los que alegraron su infancia a "El Colorín", famoso por sus proezas con un célebre volantín de seis pliegos, de cuatro puntas rojas; y al "Tuerto Gómez", rey en la *tiranteada* de su cometa de seis, que todos conocían por la banda negra que diagonalmente lo atravesaba (12).

Don Crescente Errázuriz recuerda, entre los numerosos hilanderos y volantineros que habían cobrado fama hacia 1850, a uno cuyo nombre había olvidado o jamás supo, pero a quien universalmente se conocía con el mote de "Caña Hueca". "Se consideraba verdadera suerte lograr que Caña Hueca hiciera un volantín, y realmente los hacía perfectos. Preciábanse los inteligentes de conocer uno que salía de sus manos

como pretenden conocer los artistas el pincel de un maestro" (13).

En las postrimerías del siglo XIX "el mejor que los trabajaba diz que eran el "chimbero" Lillo y el conocido sangrador Barrera, maestros en el arte aéreo de pegar el arco y calcular la proporción de los tirantes y la cola" (14).

El año volantinerero corría de agosto a diciembre. Lo interrumpía el largo veraneo de antaño, porque como todavía no se cortaba el cordón umbilical que ataba el campo a la ciudad, se veía ésta desierta por el éxodo de las carretas que llevaban a los ricos santiaguinos hacia las chacras vecinas o los fundos distantes. Las clases populares, sin embargo, continuaban el juego con el mismo entusiasmo en los meses caniculares de diciembre a marzo.

En agosto, con las primeras ráfagas de viento Sur, comenzaban los niños a ejercitarse con las *ñeclas*; y en los huertos interiores o en los patios solariegos se armaba la maniobra de preparar el hilo ovillado para el encumbre. A medida que avanzaba la estación iban saliendo los *pavitos*, y se trocaban los ovillos por la pitilla enrollada en la *cañuela* o trozo de coligüe en que se ovillaba el hilo, la pitilla o el cáñamo. Había verdaderos campeones para enrollar los hilos, manos que movían en elegante y vertiginoso ritmo de trabajo los materiales necesarios para la faena.

Estos meses preparatorios eran de exclusivo dominio infantil. Se entretenían los niños en los amplios patios, o bien se combinaban con los vecinos para tener un espacio propicio. Hacían *colear* a otros de igual tamaño, *echaban comisiones*

unos con otros, o buscaban pleito a las primeras bolas chicas que iban poniendo una nota precursora en el espacio.

A menudo, a pesar de las prohibiciones de los mayores y de los reglamentos, salían los niños a la calle. Se enviaba a uno de ellos a *poner* el volantín a la distancia conveniente y en un tirón o *recogida* los remontaban al aire.

Cuando ya se había largado suficiente cáñamo, se los llevaba a enfrente de la casa, y "dábale un *susto*, llamábase así el largarle desprevenidamente, mucho hilo o cordel, tal vez que parecía que iba a cortarlo el volantín y asustaba a los que se interesaban por él".

Desde el patio se le tiraba entonces la *pesa*, a fin de hacer bajar el hilo y quedar con él adentro. Venían entonces los brincos y los saltos de los niños que pugnaban por apoderarse con celeridad del volantín recogido.

En octubre, con los fuertes vientos del estío, comenzaban las legítimas comisiones. Conventos, frailes, comunidades, colegios internos y asociaciones particulares de hombres maduros pasaban a formar los estados mayores para la contienda aérea, mientras los niños se incorporaban como soldados rasos en los equipos volantíneros.

El material estaba preparado de antemano. Comenzaba a armarse la bola. Con dos trozos distintos de cordel se ponían los *tirantes* a la estrella, "amarrando las extremidades de uno de los cordeles en el arco a igual distancia del madero del medio. En el centro de éste, a la intersección de los tres maderos, se anudaba el tercer tirante. Terminada esta operación, se ataba la espesa cola, hecha con hilo delgado de cáñamo, a los cordeles, que partían de la extremidad de cada uno de los tres

maderos, unidos por un fuerte nudo en un ángulo calculado para dar perfecta estabilidad a la estrella". Por último venía la maniobra de preparar el temido *garfio*. "Era cosa seria hacer un garfio —recuerda don Crescente Errázuriz—; comenzábase por cubrir una extensión tal vez de media vara o más con lienzo, sobre el cual se ponía cáñamo tan tupido, que formaba un tejido impenetrable. Todo esto se llenaba de cola muy gruesa hasta dejarlo tieso como palo, y entonces se ponían las *quilas*, que iban a formar el garfio, perfectamente afianzadas de manera que podía hacerse pedazos pero no salirse.

"El centro formado de esos tres maderos llenábase de crote, que, penetrando allí el cáñamo, quedábase fuertemente pegado en el garfio, aunque el continuo movimiento de los cordeles no bastara a enredarlo e inutilizar todo esfuerzo".

El espacio azul del plácido verano santiaguino estaba cubierto de volantines, cuyos dueños esperaban ansiosos la señal del combate. Se veían los marcados con una seña especial para las apuestas, sea con un ojo negro o rojo, piquera azul, óvalo de tal o cual color, etc.

Un público numeroso se congregaba en las casas particulares, e "innumerable multitud de gente, de todas condiciones y categorías, permanecía horas enteras de pie o sentados, contemplando el vuelo de las cometas". Los aficionados señalaban en voz alta sus favoritos, y la rueda de las apuestas y las pollas crecía con el entusiasmo colectivo.

Los muchachos comenzaban a maniobrar los volantines. Hacían *largadas* para calcular la velocidad del futuro ataque; *tiranteaban*, en un balance de mano, a la derecha e izquierda, para presentar al soplo del viento la superficie de la cometa;

hacían *crujidas*, para demostrar la resistencia, y accionaban los *timbales*, especie de colgajo o peso pendiente del volantín, para mantener el equilibrio en las comisiones.

Algunos sonreían en la creencia que el *hilo curado* que se había sobado con pez de castilla y vidrio molido, los alfileres ocultos en los maderos, o algún otro ingrediente, iba a asegurarles de antemano la victoria.

De pronto, un volador de luces rasgaba el espacio anunciando la partida de una bola.

El capitán daba las voces de mando a la cuadrilla con los sonoros chilenismos de la época. A veces hasta cincuenta chiquillos participaban en el encumbre.

La roldana, sólidamente amarrada a la altura del pecho de un hombre, era el punto de apoyo para la faena. "El cordel pasado entre la rueda y el poste que lo sostenía le comunicaba un movimiento giratorio que permitía sea recogerlo, sea dejarlo correr, como en una maniobra de marinería."

Tres o cuatro personas cogían el cordel; la primera se lo afirmaba en la cintura; otras dos lo tomaban con las manos; otras con la cañuela sujeta a la cintura hacían pasar el cordel por sobre el hombro derecho.

Dada la voz, emprendían veloz carrera hasta que la bola se elevaba y tomaba viento. "Entonces uno corría en sentido inverso —era el modo de alargarle—, hasta que habiendo descendido bastante se hacía preciso otra carrera, que era mucho más corta para levantarla. Cuando ya tomaba suficiente vuelo, se dejaba llevar por ella", atando el cabo del cordel en la roldana.

Airosa, dominando los aires, la bola era el centro del ataque. Los volantines se “largaban” contra ella en los más impetuosos giros. “A veces los cordelitos de los volantines lograban rebanar y aún cortar la bola, pero eso no constituía el principal objetivo; lo que se procuraba era botarla, hacerla caer en tierra, y para conseguirlo, llevar a la cola, darle una y otra coleada y enredarla si posible fuera o lo que era mucho mejor, si bien mucho más arduo y difícil, cogerla de la cola y tirantes, esto es, llegar a los tirantes y enredarlos con la cola, caso en que no le quedaba a la bola ni recurso ni esperanza de salvación”, pese a los desesperados esfuerzos de los que junto a la roldana se ingeniaban para torcer el rumbo de la estrella.

Cada volantín que se iba *cortado* por la cola era un espectáculo para los asistentes, pero si se conseguía *echar cortada* la bola o la estrella, los gritos de la multitud de “*chaña, chaña*”, repercutían en todos los ámbitos de la capital, y era tumultuosa la carrera para tomar parte en la *chuña*, o sea, la repartición de los despojos de la víctima.

Salían al aire los cohetes anunciando la fausta nueva a los apostadores, en el bullicio optimista de los asistentes y el orgullo del audaz volantínero afortunado (15).

“Era así el volantín —en las hermosas palabras de Vicuña Mackenna—, más que un entretenimiento, era una pasión popular, una especie de palenque público que tenía por teatro el cielo y los tejados, por combatientes a todos los caballeros, niños y rotos, a la sociedad entera de Santiago, pues ni los clérigos por poltrones, ni las señoritas por tímidas, desdeñaban correr a la roldana en los momentos solemnes de la comisión, ni tomar parte en la febril chañadura. Un intendente bilioso

dió por tierra con todas aquellas festividades que en ciertos días de guarda del verano solían poner en fermento la ciudad entera. Más tarde los carruajes del servicio público y en seguida el telégrafo y su red de alambres han muerto para siempre en el corazón de Santiago aquel pasatiempo que solía tener el aspecto, el sudor, hasta la sangre y la gloria de un combate heroico. Con todo, suele leerse, casi como un dulce anacronismo, entre el despacho por mayor de las aduanas, este nombre prestigioso: *papel para volantines*, acaso como el presagio de una resurrección. Entretanto, los *volantines*, las *bolas*, las *estrellas*, los *barriletes*, etc., pueden desaparecer de las esferas; mas la deliciosa brisa de verano que les daba alas continuará soplando eternamente desde octubre a marzo para recordar a nuestros hijos cuál fué el más hermoso y el más querido de los entretenimientos de una generación más aérea que la nuestra" (16).

NOTAS

1. Major Baden F. S. Baden Powell, en *Enciclopedia Británica* (14 ed.), 1929, y *Enciclopedia Ilustrada Espasa*. Puede servir como guía para calcular la fecha de la introducción en América de los volantines el hecho de que Benjamín Franklin experimentara con ellos alrededor de 1752.
2. Ver, para las definiciones y etimología de estas palabras: Zorobabel Rodríguez, *Diccionario de Chilenismos*, Santiago, 1875; Manuel Antonio Román, *Diccionario de Chilenismos*, 5 vols. Santiago, 1909-19. Francisco J. Cavada, *Chiloé y los Chilotes*, Santiago, 1914, págs. 176, 314 y 315.
3. Archivo Nacional. Libro de Bandos. Capitanía General. Vol. 811

4. Luis González Obregón, *México en 1810*, México, 1943, pág. 232-233.
5. Vicente Pérez Rosales, *Recuerdos del Pasado*. Ed. Luis Montt (Biblioteca de Escritores de Chile), Santiago, 1910, pág. 13.
6. Archivo Nacional. Real Audiencia. Vol. 2654.
7. Javier Vial Solar, *Tapices Viejos*, Santiago, 1924, cap. XVII, Las batallas del aire, págs. 230-231.
8. Crescente Errázuriz, *Algo de lo que he visto*, Santiago, 1934, págs. 74, 75 y 80. Tratan del Juego del volantín los capítulos VIII: Del Volantín; IX: Las Grandes Comisiones; X: El Juego del Volantín en el Seminario, que abarca las páginas 79 a 97. Parte se había publicado en la Revista Studium, N.º 1.
9. Javier Vial Solar, obra citada, pág. 233.
10. José Zapiola, *Recuerdos de Treinta Años*. Octava edición. Zig-Zag. Santiago, 1945. Prólogo y notas de E. P. S., pág. 159.
11. Javier Vial Solar, ya citado, pág. 234.
12. Alberto Blest Gana, *El Loco Estero*. (Recuerdos de la Niñez.) París, 1909. Uno de los protagonistas de esta novela autobiográfica del gran novelista chileno, el Nato Díaz, "se había conquistado general nombradía por singular destreza en el juego de los volantines. Triunfaba casi siempre en todas las comisiones y era el inventor del volantín de papel de seda sin cola, que infaliblemente echaba cortada a cualquier bola o estrella por sólido que fuese su cordel y resistentes sus garfios". (Tomo I, pág. 55). Sobre el juego en general, véase páginas 154-172.
13. Crescente Errázuriz, ya citado, pág. 76-77.
14. Benjamín Vicuña Mackenna, *Historia de Santiago*. Tomo II, Valparaíso, 1869, pág. 384-385.
15. Hacemos en este párrafo una síntesis de los detalles consignados por don Crescente Errázuriz, Javier Vial Solar y Alberto Blest Gana.
16. Benjamín Vicuña Mackenna, obra citada, pág. 384. Para los términos de arte de la volantinería, véanse los diccionarios anteriormente citados. *Chañadura* viene del mapuche chañan, arrojarse, dejar caer al suelo. Rodolfo Lenz, *Diccionario Etimológico*. Santiago, 1904.